

## El Fondo de Cultura Económica y los exiliados españoles en México

Ma. Luisa Capella

Comienzo estas breves notas citando *in extenso* una idea que expone Gabriel Zaid, en su participación de la conmemoración de los 30 años de la aparición de la Revista *Plural*, dirigida por Octavio Paz<sup>i</sup>, porque guarda íntima relación con lo que yo creo que sucedió con la edición en México y lo que con ello tuvieron que ver los exiliados españoles de 1939, es decir, la historia del Fondo de Cultura Económica y la presencia en esa Casa de estos españoles. Comienza Zaid diciendo que “una falla lamentable de la historia de la cultura es que no se ocupa de la obra de los editores, sin los cuales seguiríamos (socráticamente) dependiendo del milagro de la animación oral.” Se pregunta cómo se puede historiar eso, que no se sabe bien qué es, y si se puede hablar de “obra en el caso de editor (una obra distinta de las obras que publica.) ¿Hay una creatividad editorial propiamente dicha?”, a lo que él mismo responde tajantemente que sí: “Es una creatividad que estimula la creatividad de los demás, una especie de animación socrática que sube de nivel la conversación, que sabe a quién darle la palabra, que reconoce lo que está pidiendo nacer: los temas y tratamientos inéditos, las visiones, cuestiones, recuerdos, fantasías, cuya libertad nos contagia, nos aviva, nos saca de la inercia.”<sup>ii</sup>

Cuando se repasa la historia del Fondo de Cultura Económica, fundado en 1934 por unos cuantos mexicanos, con D. Daniel Cosío Villegas a la cabeza, se da uno cuenta con claridad de que es eso exactamente lo que hizo este grupo con enorme creatividad y visión de futuro. La labor de algunos de ellos, como Cosío, fue—para utilizar palabras de Enrique Krauze— la de “responsabilizarse de la vida intelectual mexicana”.<sup>iii</sup>

“La creatividad editorial —sigue diciendo Zaid— puede tomar la forma de una intervención oral, como las conjeturas y refutaciones de Sócrates; o escrita como la obra de Platón, el editor de esas intervenciones, que las convierte en objetos perdurables, capaces de extender y continuar la conversación, aunque los participantes hayan muerto<sup>iv</sup>. Puede ser una

transformación crítica, como la reedición de las ideas que produce Aristóteles. O Filológica como la de traductores o editores renacentistas o contemporáneos. O nuevamente socrática como en las tertulias, seminarios, clubes de lectura, de los que se reúnen para hablar de los diálogos. O empresarial como la de editores y libreros que producen y distribuyen nuevas ediciones.”<sup>v</sup> Con estas palabras, parecería que Zaid se estuviera refiriendo a lo que ocurrió en México durante esos años, en donde ese grupo de mexicanos, con motivo de la diáspora por la Guerra Civil, pudo reunirse con ese gran grupo de sus contemporáneos españoles.

El Fondo de Cultura Económica inició su andadura por iniciativa de esos mexicanos, que en la segunda década del siglo habían marchado al extranjero para obtener una especialización que faltaba en México –donde se vivía aún la etapa posrevolucionaria– y que al regresar sintieron la necesidad de conocer la realidad social de su país sin interrupciones partidistas. Para ello comenzaron a hacer de las disciplinas económicas, que hasta entonces habían sido muy secundarias, parte central del análisis de los problemas. Adquirió vida autónoma la Escuela Nacional de Economía, que había sido una pequeña sección de la Facultad de Jurisprudencia.

Como profesores de esa escuela se encontraron con la dificultad de que casi todos los textos que se utilizaban en el estudio de esta disciplina estaban en otras lenguas, así que comenzaron a pensar en la necesidad de la publicación de esos textos en español. En esos momentos,—como relata muy bien Víctor Díaz Arciniega—<sup>vi</sup> el Embajador de la República Española en México<sup>vii</sup>, Julio Álvarez del Vayo invitó a Cosío a impartir unas conferencias en España sobre la Reforma Agraria, que fueron un fracaso, entre otras razones, porque a la misma hora daba, otro curso, con mucha brillantez y éxito, Ortega y Gasset. Me parece interesante reproducir aquí las reflexiones que Cosío hace en sus *Memorias*, porque no tienen desperdicio para conocer de veras esta historia y que sorprenderán a más de uno. Ahí se asoma el tradicional sentido del humor mexicano y se puede ver cómo el origen de esta editorial y su relación con los españoles comienza bastante antes incluso de que fuese fundada; baste recordar que en *El trimestre Económico*, revista emblemática cuyo primer número es de abril de 1934 y que a la fecha se sigue publicando, colaboraban varios españoles: Julio Álvarez del Vayo (Madrid), Ramón Carande (Sevilla), Gabriel Franco (Salamanca), Luis Olariaga y Fernando de los Ríos, (ambos de Madrid), Esteban Terradas (Barcelona) y Agustín Viñuales (Granada). Hay que añadir que el Ministro de Instrucción de

la República Española, Fernando de los Ríos, tenía especial interés en establecer contactos con los intelectuales mexicanos. Así, después de relatar el fracaso de las conferencias en España, Cosío Villegas dice:

“Esto no me impidió, por supuesto, conocer y tratar a muchos intelectuales españoles, tarea que inició don Enrique Díez Canedo, con quien había hecho yo el viaje de Veracruz a Santander. Pero mi preocupación principal era ver a Genaro Estrada [Embajador de México en España] y averiguar qué había pasado con nuestro plan de publicaciones económicas<sup>viii</sup>. Me dijo que al recibo de mi carta se puso en movimiento acudiendo a don Fernando de los Ríos, por ser amigo suyo, por constarle que don Fernando estaba haciendo un esfuerzo serio de propagar en la universidades todas el estudio de las ciencias sociales, y muy particularmente porque a don Fernando le había encomendado la sección de estas disciplinas el Consejo de Administración de Espasa-Calpe. Don Fernando acogió con verdadero calor la idea, al grado de provocar una reunión extraordinaria de ese Consejo. Hizo delante de él una exposición larga, que apoyó, además, en la opinión de algunos economistas españoles a quienes don Fernando había consultado, y cuando creía haber convencido al Consejo, Ortega y Gasset pidió la palabra para oponerse, alegando como única razón que el día que los latinoamericanos tuvieran que ver algo en la actividad editorial de España, la cultura de España y la de todos los países de habla española “se volvería una cena de negros”. La idea fue desechada, pues Ortega era el consejero mayor de Espasa. Cuando Genaro acabó su relato, conservé el bastante buen humor para comentar que hasta en eso se había equivocado Ortega, pues debía haber dicho una cena de indios y no de negros.”<sup>ix</sup>

Cosío le propuso lo mismo a la editorial Aguilar, y también fue un rotundo fracaso<sup>x</sup>. Así las cosas, a su vuelta a México, la reacción de su grupo y de él mismo no se hizo esperar: “[...]si los españoles se negaban a embarcarse en una empresa, nosotros lo haríamos. ¿En qué forma? ¿Con qué recursos? ¡Ya veríamos!, dijimos sin vacilar.”<sup>xi</sup>

¡Qué suerte! Si ese proyecto se hubiera quedado en España es muy probable que con la dictadura franquista no hubiera podido desarrollarse de la manera en la que se desarrolló

desde México. De este inicio, Julián Calvo, abogado murciano, ha dicho: “México, en tantas cosas a la vanguardia, también aquí captó con el anhelo propio, el de toda América y tuvo el acierto de encauzarlo adecuada y útilmente. La enseñanza especializada que pronto extendió su ejemplo por todo el continente, y la difusión más amplia del conocimiento económico, marcaron un rumbo nuevo en todo el mundo de habla española, sin excluir a la antigua metrópoli. Y en la parte que le toca de este renacer, el Fondo de

Cultura Económica ha podido ver que otros le seguían sus pasos, pero nadie hasta ahora ha logrado mejorar ni aun igualar su lección.”<sup>xii</sup>

Así, como dice Krauze, “Antes de producir conocimiento había que traerlo: por eso empezó [se refiere a Cosío Villegas] por propiciar la traducción de los clásicos antiguos y contemporáneos y tuvo en su momento la idea de asilar en México a los traductores mismos, a los transterrados españoles. Los beneficios que México y América Latina obtuvieron de esa capitalización intelectual fueron tan grandes como las pérdidas de España, que aún no se repone de esa sangría.”<sup>xiii</sup>

Efectivamente, en 1937, Cosío Villegas, secundado por Alfonso Reyes, Genaro Estrada, Eduardo Villaseñor, Manuel Martínez Báez iniciaron los planes para llevar a México a los más destacados intelectuales españoles, para librarlos de las dificultades de la guerra, y en julio de ese año Daniel Cosío Villegas, en nombre del presidente Cárdenas, hizo la invitación formal para que vinieran a ocupar la Casa de España en México, que luego sería El Colegio de México<sup>xiv</sup>. El principal objetivo era que desarrollasen en esa casa su labor intelectual para irse incorporando poco a poco a la docencia y a la investigación en diversas instituciones mexicanas. Los fundadores del Fondo de Cultura Económica y de la Casa de España en México trabajaron a la par entre una y otra institución; podemos decir sin exagerar que quitándose los manguillos de la actividad editorial, se iban a la organización y al apoyo de la institución que acogía a los españoles: La Casa de España en México. Muy pronto se amplió el campo de los intereses de esta editorial y se extendió a la Sociología, la Historia, al Derecho, la Filosofía, la Antropología, la Filología, la Literatura, los Estudios Hispanoamericanos, la Psicología, la Ciencia, la Tecnología, etcétera. A esta diversidad se debe el que haya proliferado en España la idea de que el Fondo de Cultura Económica se llama así por un error, ya que en realidad la intención era que se llamara Fondo de Cultura Ecuménica. Hoy todavía, en la filial española se ha tenido que sacar a algún que otro español de su error. Otros, mexicanos o españoles, a veces han supuesto que se llamó así por ser una editorial que vendía baratos sus libros, de ahí lo de económica.

A partir de ahí, no hay actividad del Fondo de Cultura Económica en la que no estén presentes los exiliados españoles, ya sea como colaboradores directos de la editorial, como traductores, como correctores, como autores, como responsables de proyectos, en fin, formando un conjunto indivisible. Ya desde 1937, Manuel Pedroso, insigne abogado internacionalista y tratadista de

la Ciencia Política dirige la sección así llamada, que luego tomaría el nombre de Política y Derecho. En 1939, los primeros libros de la sección de Historia están al cargo de Silvio Zavala y de Agustín Millares Carlo, historiador, paleógrafo, filólogo, bibliógrafo y traductor. En ese mismo año Ma. Luisa Díez Canedo traduce *Proudhom*, de Armand Cuvillier. En 1940, Manuel Sánchez Sarto traduce y prologa *Leviatán* de Thomas Hobbes. Se inicia la Colección Tezontle con *La rama viva* de Francisco Giner de los Ríos. La idea primera de estos libros era que el Fondo contribuyera con el papel y con la distribución de la mitad de sus ejemplares, pero no hacer de esta colección una sección fija. Al cabo del tiempo se convirtió en una de sus colecciones emblemáticas. Se dio cabida allí a la poesía, al cuento, “las letras fueron incorporándose poco a poco al repertorio ya nutrido y diverso del Fondo”.<sup>xv</sup> Los primeros libros que aparecieron en esa colección fueron, además del mencionado, *El gran responsable* de León Felipe, *Primavera en Eaton Hastings*, de Pedro Garfias y *Recinto* de Carlos Pellicer. No olvidemos que en esa colección se han publicado libros de Reyes, Octavio Paz, Emilio Prados, Tomás Segovia, Ramón Xirau y un largo etcétera. Vale la pena reproducir aquí la anécdota que en relación a esta colección refiere el propio Francisco Giner de los Ríos: “En uno de sus escasos momentos líricos, Cosí Villegas propuso que se pusiera al libro como pie *centzontle*, por aquello de la poesía y del ruseñor. Dictada por teléfono a la imprenta la palabra, las zetas españolas debieron ser tan sólidas que el pájaro se trasmutó en piedra. Creo que la equivocación fue afortunada en todos sentidos y que el nombre resultó un acierto. Lo que tenía alas de origen y hubiera sido quizá volandero y transitorio, encontró entonces en su sólo nombre, sillar en que fundarse.”<sup>xvi</sup>

En 1941 se inicia la sección de sociología dirigida por José Medina Echavarría. Ahí ya aparece como traductora la escritora Ernestina de Champourcín y los nombres de Luis Recaséns Siches, Agustín Mateos, Eugenio Imaz, José Carner, Eduardo Nicol. En el 42 surge la sección de Filosofía y ahí están Gaos, Joaquín Xirau y Wenceslao Roces. Y siguen en las diversas secciones Luis Tobío, Rubén Landa, Max Aub (*Campo cerrado. Novela*), José Moreno Villa (*Vida en claro. Autobiografía*), Juan Roura Parella, Elvira Gascón, que ilustra en 1934 el catálogo de la primera década del Fondo, que incluye las publicaciones de El Colegio de México y la Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana que editaba por aquel entonces la UNAM y Cruz del Sur.

En 1945 principia la serie Ciencia y Tecnología con un libro de Pedro Carrasco, físico y astrónomo, y con la traducción del médico cirujano Germán Somolinos del libro de Charles Singer, *Historia de la ciencia*. En ese mismo año aparece la traducción de Wenceslao Roces de *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*, de Marx, en tres volúmenes, y al año siguiente los otros tres de *El capital*. Ya en el 48 vemos asomarse los nombres del abogado e historiador Javier Malagón y de Helena Pereña en la traducción de *La inquisición española*, de Arthur S. Tuberville. A partir de 1949, Julián Calvo, Medina Echavarría, José Miranda, Joaquín Díez Canedo, a cuyo cuidado aparece, en 1954, el primer número de *La Gaceta* del FCE, y que en ese entonces era Gerente de Producción, cargo que hoy tiene su hijo Joaquín para fortuna de esta casa editorial. En el 55 de publica de María Zambrano *El hombre y lo divino*.

Ya en el *Catálogo General, 1955*, que se publica para conmemorar el 20º aniversario del Fondo se nota la firme presencia de estos exiliados: de las diversas series o colecciones, cuatro de ellas las presentan exiliados españoles: Julián Calvo (Economía), Medina Echavarría (Sociología), José Gaos (Filosofía), Luis Alaminos Ciencia y Tecnología y Francisco Giner de los Rios (Tezontle).

Por sólo ir mencionando algunos nombres más en el 58 las ediciones de *La realidad y el deseo* de Cernuda, el *Jusep Torres Campalans* de Max Aub. En 1960 las *Poesías Completas*, de Manuel Altolaguirre, edición propuesta por el propio Luis Cernuda y que estuvo bajo su cuidado. Es obligada aquí la mención de la inauguración, en 1963, de la sucursal del FCE en Madrid, dirigida por Javier Pradera que supo involucrarse con el proyecto.

Así, en una interminable sucesión de nombres está la presencia constante de Eduardo Nicol, de José Gaos Wenceslao Roces, Eugenio Imaz, Manuel Pedroso, Millares Carlo, Díez Canedo, Moreno Villa, de Luis Alaminos, García Bacca, Bal y Gay, Adolfo Salazar, Juan Almela, entre sus libros el delicioso Breviario *Higiene y terapéutica del libro*. Ayala, Bartra, Domenchina, Masip. La incorporación en la traducción, o con sus propias obras de la siguiente generación como Sánchez Vázquez, Francisco Gonzalez Aramburo, Gerardo Deniz, Arturo Souto, Nuria Parés, García Riera o Tomás Segovia.

La nómina sería larguísima. En un *Catálogo bibliográfico. Autores y traductores del exilio español en México*.<sup>xvii</sup>, que recoge la labor como autores

o como traductores de estos españoles se consignan 93 nombres y, por lo tanto, muchas más obras de autoría propia o traducciones.

Más que el resultado numérico de esta presencia me interesa destacar el espíritu, el sentido de este proceso. Para los exiliados fue la manera de sacar a la luz todo lo que se habían traído con ellos: *edere*, dar a luz “con ayuda de una partera o de un editor, *editio* significaba parto y publicación [...] *editus hic ego sum* que es simplemente ‘aquí nací’.”<sup>xviii</sup> Muchos de estos refugiados españoles, que pasaron a ser exiliados de por vida, volvieron a nacer en los ámbitos culturales en los que se desarrollaron, como la Universidad Autónoma de México, el Politécnico o el Fondo de Cultura Económica.

Me hago eco de las palabras de Víctor Díaz Arciniega cuando dice que el proyecto cultural del FCE y el de la Segunda República “coincidieron y se fundieron en uno solo”. Díaz Arciniega se refiere a la imposibilidad de ocultar “una cualidad ciertamente contradictoria y paradójica de mística laica y de militancia apolítica que ha permeado, alentado y estructurado tanto a los mexicanos como a los exiliados republicanos [...]. “La mística y la militancia culturales fueron tan consistentes en su origen que hoy, a casi sesenta años de distancia, [y yo creo que a setenta años también] siguen siendo el centro medular, esencial de la editorial.”<sup>xix</sup>

<sup>i</sup> *A treinta años de Plural (1971-1976). Revista fundada y dirigida por Octavio Paz*. Edición de Marie-José Paz, Adolfo Castañón, Danubio Torres Fierro, México, Fondo de Cultura Económica, 2001, 178 págs. (cita de las páginas 47-48).

<sup>ii</sup> *Ibid*, p. 47

<sup>iii</sup> *Daniel Cosío Villegas. Iconografía*. Archivo fotográfico de Emma Cosío Villegas; Investigación iconográfica y selección de textos, Alba C. De Rojo; Biografía y biblioherografía de Adolfo Castañón, México, Fondo de Cultura Económica, 2001, 101 págs.

<sup>iv</sup> Eso es lo que nos ha dejado el Fondo de Cultura Económica, o el Colegio de México o tantas y tantas editoriales fundadas por los exiliados españoles.

<sup>v</sup> Zaid, *Opus cit*, págs. 47-48.

<sup>vi</sup> Víctor Díaz Arciniega, *Historia de la Casa.. Fondo de Cultura Económica. (1934-1994)*, México, FCE, 1994, 40-41 pp.

<sup>vii</sup> Hay que recordar que fue cuando el gobierno de la República Española cuando el representante de México en España obtuvo rango de Embajador y en correspondencia el Embajador de España en México.

<sup>viii</sup> Habían intentado convencer a Espasa Calpe de que publicara unos cincuenta títulos en español de estos textos sobre temas de relativos a las Ciencias Sociales.

<sup>ix</sup> De las *Memorias* de Daniel Cosío Villegas, México, Joaquín Mortiz, 1976, tomado para este trabajo de la estupenda historia del Fondo de Cultura de Víctor Díaz Arciniegas, *Op. Cit.* pp. 40-41.

<sup>x</sup> Remito al lector que consulte en sus *Memorias* el relato que hace de esta experiencia porque tampoco tiene desperdicio.

<sup>xi</sup> *Historia de la Casa...* p. 41

<sup>xii</sup> Jualian Calvo, “Economía” en *Libro conmemorativo del 45 aniversario. Fondo de Cultura Económica*, México, FCE, 1980, 214, págs.

<sup>xiii</sup> Enrique Krauze, “Daniel Cosío Villegas. La responsabilidad del intelectual” en *Daniel Cosío Villegas. Iconografía. Opus cit.* p. 9

- 
- <sup>xiv</sup> El Colegio de México acaba de recibir el año pasado el Premio Príncipe de Asturias.
- <sup>xv</sup> *Libro conmemorativo del 45 aniversario. Fondo de Cultura Económica*. México, FCE, p. 183.
- <sup>xvi</sup> *Opus cit.* p. 181. Hay que recordar que el tezontle es una piedra volcánica muy característica de México.
- <sup>xvii</sup> México, FCE, 1999, 47 págs.
- <sup>xviii</sup> Gabriel Zaid. *Opus Cit.* p. 48
- <sup>xix</sup> Víctor Díaz Arciniega. *Opus Cit.* p. 79 y 80